Número 1.°

EL HOSPITAL

POR DENTRO,

ó

EL BUEN GOBERNADOR.

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

15

VALENCIA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MANUEL LOPEZ, AÑO 1816.
CON LICENCIA.

Se hallará de venta en la misma imprenta y librería, calle de Bordadores, número 11.

PERSONAS.

Margarita: *madre de*
Luisa: *jóven de 20 años.*
Vernero: *Gobernador y padre de*
Enrique: *Oficial.*
Vivensi: *Contralor del Hospital, y padre de*
Carlos: *Oficial.*
Julio: *anciano pobre y jovial.*
German: *Mayordomo del Gobernador.*
El Conde Leandro: *amigo de Vernero.*
Un Capitan.
Dos Ordenanzas.
Venancio: *padre de Luisa, enfermo.*
Urbano: *enfermo.*
Médico.
Practicante.
Enfermo primero.
Enfermo segundo.

ACTO PRIMERO.

La escena figura una habitacion baja, de una casa pobre, con la puerta á la derecha, y al lado una reja con encerados de papel, algunos cuadros rotos: dos sillas viejas: una mesa al foro: en medio del teatro un anafe á medio encender, y un candelero de barro, con un cabo de sebo ardiendo. = Aparece Margarita con trage obscuro y pobre, soplando el anafe con unos fuelles: dentro parece una noche lluviosa, con truenos y relámpagos, cuyos resplandores se dejan ver por la ventana; y la tempestad cesará á poco de empezar, para no interrumpir la representacion.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.

Marga. No puedo mas, me falta el

Lluvia.

aliento: almas crueles é insensibles, que naceis con riquezas, por qué motivo no os acercais alguna

Trueno.

vez á las puertas del mendigo? por qué? Parece que la noche se prepara tempestuosa.... Dios mio! La inclemencia del tiempo aumentaria

Relámpago.

mis males? Jesus! Ay hija amada! no hallarás esta noche quién te socorra! Mas parece que llaman.

Dentro Luisa. Madre, Madre mia abrid.

Marga. Eres tú, hija mia?

Dentro Luisa. Si Madre, abrid.

Margarita abre, salen Luisa con un vestido pobre, aunque decente, con mantilla lisa negra; y Vernero vestido de leviton obscuro, y con capa. Luisa deja la mantilla, y se echa en los brazos de su madre asustada.

Luisa. Ah madre mia!

Mar. Qué es esto, hija? Qué abatimiento!

Vernero. El propio que vos misma le habeis preparado. *Con severidad.*

Marga. Yo?

Luisa. Señor, pues salvasteis mi ho-

nor, no mortifiqueis á mi madre. Demasiado oprimida se encuentra de otras penas. No se las redobleis con severas reprensiones.

Verne. Buena hija, admiro y aprecio vuestra filial ternura; pero no debo por ella sacrificar la razon, ni la verdad. El peligro que habeis corrido, mueve mi lengua, y no pienso ofender á vuestra madre; aunque me he quejado de su imprudencia, que os espone á tales riesgos.

Marga. A cuáles riesgos te he espuesto? hija mia... responde.

Luisa. Ah madre! ignoro con qué colores podré pintaros mi desgracia? Un hombre (que ignora lo que es virtud) observé que al anochecer me miraba con demasiada atencion: procuré separarme, y advertí seguía mis pasos: mi corazon entonces empezó á recelar, y traté de retirarme á casa. Pero nuestra gran necesidad, lo público del sitio, y mas que todo, la confianza en el favor del cielo, me aseguraron. Disipé el temor, y volví al parage acostumbrado, que es en el que suelen dispensarme socorro los bienhechores......

Verne. Qué pedis limosna en aquel puesto?

Luisa. Y cómo podriamos alimentarnos? Cómo sostener la débil ecsistencia de mi querida madre, que por instantes se acerca á su fin?

Verne. Pero decidme, si estabais recelosa, por qué no mudasteis esta noche de puesto?

Luisa. Me imaginaba, señor, libre de todo insulto. Y quién podria creer que aquel pérfido se presentase despues de largo rato, y con artificio me sorprehendiese para agarrarme la mano?

Marga. La mano? Cielo Santo!

Luisa. Aquí veis al que me salvó: acudió á mis gritos, é impidió que aquel indigno cumpliese su intencion. Dejadme sepultar en mi propio dolor, las tristes ideas de mi peligro! carezco de la fortaleza suficiente, para pronunciarlas sin horrorizarme...

Marga. Dios mio! la infelicidad nos cercará por todos lados?

Verne. Buena muger, no os entregueis al dolor, que no siempre las causas que desconocemos, son el verdadero orígen de los males que nos rodean. Nosotros mismos nos acarreamos muchos de ellos, y nos alivia el atribuirlos á nuestros principios.

Luisa. Ah! si supierais!

Verne. Todo lo sabré. Sin duda el cielo dirigió mis pasos esta noche hácia vos, para seros útil. Deseo conocer vuestros males: mas jamas disculparé á vuestra madre, pues ha causado el mayor de ellos. Esponer una jóven bien parecida, y sola á pedir limosna en la obscuridad de la noche, en una ciudad tan poblada, es una imprudencia imperdonable. Cualquier delito que hubieseis cometido, sería suyo: y yo en lugar de apiadarme, tal vez:::

Margarita llora.

Luisa. Respetad su amargo llanto.

Verne. Sus lágrimas son el mas síncero testigo de su convencimiento: y en vista de ellas, me reprimo, y encargo, que este suceso, para vos sea el último egemplar.

Luisa. Y lo será. *Con firmeza.* Pero cómo!

Verne. Qué... volveriais á esponeros? Entonces creeria que en vos miente la virtud, y que no temeis esponeros al mal.

Luisa. Primero la muerte que el delito. Pero cómo subsistir? cómo?

Verne. Faltan en esta ciudad personas benéficas, que compadezcan vuestra situacion, y os prodiguen los senti-

mientos de piedad? La compasion se encierra en las tinieblas de la noche?

Luisa. No: pero en ellas es menor el rubor de recibirla.

Verne. El rubor!

Marga. Ved aquí mi escusa, Señor. Este insuperable tirano de las almas educadas al honor, es el que detiene mis pasos muchas veces, é impide presentarme en aquellos parages, en los que sería el peor de mis males, el ser conocida. No hemos nacido, señor, para penas; conocimos con abundancia los bienes; pero ahora.....

Verne. No suspendais vuestra narracion, no: proseguidla. Aun ignorais mi corazon... decidme... manifestadme... La verguenza que os impide proseguir, será mucho mas peligrosa para vos, sino la dominais en mi presencia.

Luisa. Señor...

Verne. Dejad toda reserva: sin duda la mano del cielo, me condujo esta noche á conoceros. Qué...

Dentro Julio. Margarita? Luisa? Qué novedad es tener la puerta abierta?

Saliendo.

Ignorais qué á puerta cerrada el diablo se vuelve?

Marga. Ah buen amigo!

Interin este discurso, se acerca Julio á la mesa que está al bastidor mas ariba de la puerta, y deja un esportillo pequeño, en el que figura traer alguna vianda. Julio sale con capa, gorro azul, y sombrero redondo: su centro una chupa larga y atacada, y calzon corto, medias azules: todo bastante pobre: su carácter de un hombre de sesenta años: pero fresco y ágil, de corazon sensible, de talento despejado, y práctico en la filosofía natural: amigo de decir verdades sin etiqueta, y muy franco.

Julio. Parece en efecto, que habeis perdido la cabeza. Está lloviendo á cántaros, y quereis que la humedad entre á haceros compañía?

Vernero. Quién es ese hombre?

Luisa. Es un infeliz, que nos prodiga sus socorros.

Julio. Dejad que ponga aquí este...... Ay, qué cabeza! Lo mejor se me ha olvidado. Vaya, voy; porque sin vino; no va el molinero al molino.

Hace que se va.

Marga. Julio... reparad...

Julio. Qué?

Luisa. Este señor.

Julio. Quién? un hombre aquí? y qué pretende?

Verne. Os disgusta que esté aquí!

Julio. Si he de decir la verdad, no me agrada mucho.

Verne. Sois claro.

Julio. Mas que el agua.

Verne. Pero por qué?

Julio. Si en vez de un hombre, hubiera hallado una botella de vino de España, la habria cumplimentado mejor.

Verne. Tanto os agrada el vino?

Julio. Cómo no me ha de gustar, lo que conserva el resto de mis dias? Mi comercio y caudal, se reducen á una poca yesca, y á un manojo de pajuelas: su producto es muy limitado: pero el dia que me suministra medios de repartirle con otros tan pobres como yo, me considero el mas feliz de la tierra. Mi sentimiento es, que no lo puedo hacer diariamente: pero hoy he tenido un despacho regular, y quiero esta noche tener un ambigú... Pero yo he hablado demasiado, y quien mucho habla, mucho yerra. Voy, voy á buscar, lo

que da mas impulso á mi cuerpo. Si gustais de esperar para que brindemos juntos, os haré este obsequio con el mayor desinteres.... Abur...

Verne. Deteneos, hombre singular.

Julio. Señor incógnito, el tiempo está malo, y las bodegas se cierran pronto. No quisiera....

Verne. La de mi casa está siempre abierta para vos, y para vuestros amigos: esperaos, y no me priveis el consuelo de saber quien sois, y bajo que techo se abriga la virtud.

Julio. Cómo? y el señor ignora dónde se halla?

Marga. Ha venido no há un instante, acompañando á mi hija.

Luisa. Y me ha salvado el honor, y aun la vida.

Julio. El honor y aun la vida? y há sido tan escasa vuestra política, qué no le habeis manifestado, que sois la hermana y la sobrina de Vivensi?

Verne. Será posible?

Marga. Ah Julio!

Luisa. Para qué descubrirnos?

Verne. De Vivensi? Oh cielos!

Julio. Y bien, os enfadais por qué os he descubierto? La verdad debe decirse... si señor.... lo dicho dicho; parientas de Vivensi. Mirad su estado indigente. Las conoceria alguno, ni creerá qué se hallan en tan infeliz situacion, mientras su pariente nada en la felicidad y opulencia?

Verne. Y él lo sabe?

Julio. Preguntádselo á ellas. Cuantas veces han derramado sus quejas en los humbrales de su casa, tantas el impío las ha echado de ellos. Vaya, hablad vosotras tambien, y no dejeis en mí solo, el oficio de abogado.

Marga. Y qué añadiremos á cuanto habeis dicho?

Verne. Básta: no aumenteis mi terror. Vuestra situacion, y este pobre asilo, me dicen mas que vuestras lenguas. Decidme, señora, no teneis marido?

Luisa. Ay señor! mi padre está en el Hospital luchando con la muerte.

Verne. En el Hospital? Cómo?

Luisa. Duplicaremos vuestro sentimiento con la narracion de todos nuestros males.

Verne. Esplicadmelos, que esperimento se fortalece mi alma tanto, cuanto mas los conoce.

Luisa. Pues bien: no ignorareis que obtenia un decoroso empleo en esta ciudad.

Verne. Lo se.

Luisa. Que la intriga enemiga de la virtud, le espuso por crueles sospechas, á los insultos de la suerte, de cuyas resultas perdió el empleo, del que pendia toda nuestra fortuna.

Julio. Lo que comunmente sucede: una desgracia acarrea las otras, y no se acaban hasta el sepulcro.

Luisa. Y al sepulcro casi le han reducido la tristeza y desolacion, seis meses hace que el infeliz está disputando la vida á la parca. Hace unos dias que ha recobrado algun vigor, y ayer me dijo el médico, que en breve volveria á su casa. Y á qué volverá á ella? A mezclar sus lágrimas con las nuestras: á confundir sus quejas con...

Verne. No: no: él volverá á consolaros y cuidaros: pero decidme, Vivensi no es el contralor de el Hospital?

Julio. El mismo.

Verne. Bárbaro! Y ha resistido la vista de un pariente en tal estado, sin enternecerse, al menos por su familia?

Julio. Buena ternura te de Dios. Si supierais lo que ha costado que admitiése en el Hospital al padre de esta señorita? Pero por fin se consiguió: pero despues, qué trato tan

indigno le han dado! Creedme, si estas infelices no se quitasen de su boca algunas frioleras, para llevárselas, ya hubiera fallecido, como sucede á várias que no tienen el menor socorro.

Verne. Y Vivensi sabe todo eso?

Julio. Y cómo ignorarlo? Pero es un impío, sin corazon. Escuchadme y decidid.

Verne. Hablad.

Julio. La multitud de mendigos que hay en esta ciudad, ha movido el ánimo de nuestro nuevo Gobernador, á erigir un Hospicio, con el fin de recoger en él los verdaderamente necesitados, y vergonzosos; alimentarlos y sostenerlos: sirviéndose al mismo tiempo del producto de sus labores para utilidad del estado. Juzgad, quién sería capáz de oponerse á una obra tan pía y tan útil? Pues se opone el señor Vivensi. Y por qué? Por temor de ver recogidos sus parientes, y publicada su barbarie.

Verne. Apesar de esa oposicion, el Hospicio se hará.

Julio. O no; que es lo mas seguro.

Verne. Me consta que el Gobernador está muy empeñado en ello.

Julio. Pues quedará desairado; apesar de que me han dicho que ese nuevo Gobernador, que hace poco ha venido á desempeñar su encargo, es aun mismo tiempo, duro y benéfico.

Verne. No le conoceis?

Julio. No le hemos visto: bien que dicen que no sale sino denoche.

Verne. Pues es bien raro. Pero se va haciendo tarde, y debo retirarme.

Julio. A mí tambien se me ha pasado la hora, y lo peor es, que ya han cerrado todas las bodegas.

Verne. No os inquieteis, hacedme el gusto de acompañarme hasta mi casa.

Julio. De buena gana: pero llueve, y no tenemos para-aguas.

Verne. Nada importa: no vivo lejos.

Luisa. Sentimos vuestra incomodidad.

Verne. La disipa el placer, que me ha ocasionado el conoceros, virtuosas señoras.

Marga. Señor.

Verne. Quedad con Dios, infelices, pero apreciables objetos. Esta . . . sí; esta será la última noche que vean vuestras lágrimas estas paredes. Mas alegre os será el nuevo dia, y quizá tal le harán los clamores de tantos pobres que por vosotras conocerán la felicidad. Basta: por ahora conservad en vuestro pecho tan dulce esperanza, y disponeros á bendecir al cielo en medio de vuestras alegrías..... *Vase.*

Julio. Margarita, Luisa, cerrad bien la puerta, que al momento vuelvo. *Vase.*

Luisa. Querida madre, habeis observado las últimas palabras de este caballero?

Marga. Sí: y han penetrado hasta el fondo de mi alma. Mas quién será?

Luisa. Quién sabe? pero su aspecto y hablar no me parecen comunes.

Marga. El cielo, hija mia, á veces por inesperados medios, ampara la virtud, y . . . quién sabe si se valdrá de este buen señor para aliviar nuestras penas?

Luisa. Sea como quiera, he concevido buenas esperanzas.

Marga. Cierra la puerta, y cuando vuelva Julio, nos informará.

Luisa va á cerrar la puerta, y al mismo tiempo sale Carlos de oficial, muy azorado.

Carlos. Ah Luisa!

Luisa. Carlos!

Marga. Quién?

Carlos. Disimulad, señora, si tan tarde vengo á molestaros; pero la situacion en que me hallo . . .

Luisa. ¡Oh Dios! estais azorado.

Carlos. Acabo de reñir, y dejo herido á mi enemigo.

Luisa. Cielos!

Marga. Y venis á refugiaros aquí, para qué tengamos que sufrir mas penas?

Carlos. No: no: estoy bien seguro por aquel honor que ha sido causa de la riña.

Luisa. Cómo?

Marga. Qué decis?

Carlos. Luisa, decidme la verdad. Esta noche os ha agraviado alguno? Nada me calleis, pues de ello pende mi tranquilidad.

Luisa. No puedo negarlo. Un jóven indiscreto, un militar impolítico!

Carlos. No era dable engañarme: ahora me glorio de haberle castigado.

Marga. Esplicaos.

Carlos. No os enfadeis, mi buena madre: yo debí desagraviar al honor; y así lo he egecutado.

Marga. Cómo?

Carlos. Estaba poco hace en la gran guardia, cuando entró aquel calabera, y empezó á decir con una risa sardónica. «Amigo, buenas nue»vas traigo: ha vuelto á renacer el „siglo de oro, y la virtud se en„cuentra donde menos se piensa."

Luisa. Inicuo!

Carlos. No comprehendí el enigma en un principio; pero tratando indagarlo, refirió la historia de su indigno atentado, y pintó el caso con tan vivos colores, que conocí al punto quien habia sido el objeto de su burla. No pude menos de resentirme, y defendí con ardor la honestidad de Luisa: él la vituperó altamente con espresiones ofensivas: de todo lo cual, resultó un desafio. Salimos del cuartel, desembainamos los sables, y al tercer golpe cayó el insolente á mis pies.

Luisa. Ay Dios!

Marga. Hija...

Carlos. Ignoro, cómo ni en qué parte le he herido; sé que escapé de la patrulla que acudió para arrestarme; que ohí los gritos del insultador, qué.... pero no es este mi mayor afán: el temor de perderos, es mi mas cruel tormento. El herido, es hijo del Gobernador.

Marga. Justo Dios! Y nos faltaban estas nuevas desgracias?

Carlos. Esta es la ocasion de evitarlas, madre mia, admitiendo de mi los socorros que siempre rehusasteis. Alejaos por unos dias de la ciudad, y esto bastará para aseguraros de toda violencia: A este efecto, he recogido por lo pronto, cuanto he podido; y este bolsillo, contiene lo suficiente para vuestra ecsistencia, por algun tiempo. Yo cuidaré de vuestro padre, para que se reuna á vosotras lo mas pronto. Queridos objetos, no rehuseis esta corta y sincera prueba de mi amistad fina; preveed los insultos de quien no conoce mas que su amor propio. Huid, y compensad, poniéndoos en seguro, la fineza de mi tierno cariño.

Luisa. Ah, querida madre!

Marga. Déxame, Luisa, por Dios. Tan aturdida me hallo, que ignoro lo que me pasa. Por cuál medio justo Dios, habeis hoy llevado al colmo nuestras desdichas!

Carlos. Quizá os habre abierto camino para vuestro bien. Si supierais lo que medito despues de vuestra ausencia.... Si....

Sale Julio con una es-cusa baraja cubierta de una, servilleta en que figura traer una porcion de manjares delicados.

Julio. Aun está esta puerta abierta! Vaya, si lo digo yo, que esta noche habeis perdido la cabeza.

Marga. Ah Julio!

Julio. Siempre suspirando, siempre llorando. Acercaos, y ayudadme á descargar. Poco á poco, que este es un néctar.

Luisa. Julio, y para qué?

Julio. Buena pregunta! Esta noche hemos de hacer un banquete. Aquí viene un capon asado, y un gamon cocido, y queso . . . Qué buen señor! Parece que lo habia procurado todo de ante mano, para nosotros: pero esto aun es nada. Mañana vereis. Mañ.... Quién está aquí?

Repara en Carlos.

Marga. Es Carlos.

Carlos. Qué no me conoceis?

Julio. Demasiado; pero hablando con la franqueza que acostumbro, me interesa muy poco el conoceros.

Carlos. Por qué motivo?

Julio. Porque en mi sentir, sereis un buen muchacho, un hombre de bien: pero el hijo de Vivensi, tiene para mí mala fisonomía, y me temo, que un dia ú otro, habeis de ser fatal á esta pobre familia.

Marga. Ya lo ha sido.

Julio. Cómo?

Luisa. Ha reñido por mi honor, y ha herido á su enemigo.

Julio. Cuando?

Carlos. Poco hace: y estoy muy satisfecho de haberle castigado.

Julio. Sí? Bravo! Habeis hecho una grande cosa. Ah, Luisa! si os lo dije mil veces, que este vuestro enamorado me gustaba poco: pero qué podias esperar de un hijo de Vivensi, si no desgracias?

Carlos. Julio!

Furioso en tono amenazador.

Julio. Conmigo no hay que hacer el guapo. No porque estais armado, me priveis de hablar verdad. Bella cosa! bella! Mañana al saberse la causa que originó el desafio . . . Qué hablillas y murmuraciones no habrá en la ciudad! En vez de haberlo defendido, se vulnerará el honor de esta jóven, se tomarán severas providencias contra estas infelices, y..... quién sabe?

Carlos. No: no: todo se evita no rehusando el efecto de mi sensibilidad: tomad, amigas mias, este dinero.

Julio. Dinero? y para qué?

Carlos. Para ausentarse y ponerse en salvo.

Julio. Huir? ponerse en salvo? ellas no necesitan de vuestros consejos, y menos de vuestro dinero. El protector que se ha declarado por ellas... ya . . . ya . . .

Carlos. El protector!

Luisa. Sí, Carlos: él es el que mejor que vuestra espada, defendió mi honor, me libró de los brazos del indigno agresor, y me condujo á los de mi amada madre.

Carlos. Y quién es?

Julio. Es un sugeto, que hará temblar á vuestro padre, y á vos, sino teneis juicio: uno . . .

Carlos. Su nombre? *celoso.*

Julio. Nada menos que el Gobernador Vernero.

Las dos. El Gobernador?

Carlos. Qué oigo, cielos!

Julio. Qué os habeis sorprehendido? Os parece que con tal protector, puedan necesitar de vos? Mirad; mirad los primeros ensayos de su beneficencia. Él me espera para darme mucho mas, y mañana. . . .

Carlos. Con verdad, Julio, es Vernero?

Julio. Ni aun de burlas miento. Vernero . . . Vernero.

Carlos. Margarita, Luisa, con lo que he hecho os he vendido cruelmente.

Julio. Pues, qué diablos hicisteis?

Carlos. Dejad, dejad que yo vuelva á reparar el mayor de los males, que os podria acontecer por mi causa... Dónde estoy? Qué es lo que he hecho? Proteje mi Dios, sino la mia, al menos su inocencia. *Vase.*

Marga. Dónde irá?

Luisa. Ah Julio!

Julio. Me encuentro confuso... si acaso Carlos... pero debo seguirle... mas no, por esta noche, no es prudencia dejaros solas. Venid á mi casa: cenarémos lo mejor que se pueda... y dormiremos. Pronto, ayudadme, apagad la luz. Salvémonos, y procuremos saber lo demas, antes que amanezca.

Marga. Oh Dios!

Luisa. Ay madre!

Ambas ayudan á cargar á Julio la escusa-baraja; apagan la luz, y se van.

ACTO SEGUNDO.

Salon de la casa de Vernero, con taburetes, dos mesas y luces: y Vernero sentado.

Verne. Cuanto mas reflexîono sobre lo que acaba de pasarme, mas se confunde mi espíritu en sus reflexîones. Es posible que haya hombres tan detestables, que se desentiendan de los deberes que naturaleza les impuso? German?

Sale German. Señor?

Verne. Está cumplida mi órden.

Germ. Se hà encontrado en vuestro guardaropa una pieza de lienzo fino, y otras friolerás, y todò junto, se halla prevenido para cumplir vuestras disposiciones.

Verne. Al momento entregadlo á ese anciano, que hace poco, que salió de aquí, y debe volver.

Germ. Muy bien. *Vase.*

Verne. Cuanto anhelo por qué se realicen mis intenciones! Y no será posible conseguir el que no vaguen por la ciudad tanto mendigo, que recogidos pudieran dar utilidad al estado? Si tal llegara á conseguirse, veria la verdadera pobreza, y se evitaria la holgazanería, que con el velo de aquella se disfraza, y la usurpa sus socorros.

Sale el Conde de levita y botas.

Conde. A Dios, mi Gobernador.

Verne. Querido amigo! Qué buena venida es esta?

Conde. Deseo pasar un buen rato en vuestra compañía, y luego...

Verne. Me acompañareis á cenar, seguro de que será para mí de mucha satisfaccion.

Conde. Agradezco vuestras honras: pero::::

Verne. No admito escusa alguna. Ola!

Sale Germ. Señor?

Verne. Que pongan un cubierto: y mira si ha venido mi hijo.

Germ. Está de guardia.

Verne. Cierto: no me acordaba. Cuando todo esté pronto, entra el aviso.

Germ. Muy bien. *Vase.*

Verne. Sentaos.

Conde. Obedezco.

Verne. Qué noticias corren?

Conde. Ninguna. Yo he evacuado mi encargo, y aquí teneis la lista de los infelices que moran en esta ciudad.

Se la da despues de verla.

Verne. Que multitud.

Conde. Querido amigo, la miseria abunda, y los medios escasean, para socorrerla.

Verne. Está ecsacta esta nota?

Conde. Se ha sacado de las listas que me han entregado los alcaldes de cuartel.

Verne. Juraria que os han engañado, porque aquí falta una miserable familia.

Conde. Cuál?

Verne. Los parientes de Vivensi.

Conde. Cómo? pues yo la tengo en mi estracto: vedle.

Le enseña otra lista.

Verne. Así es: mas por qué en esta lista no está?

Conde. Os lo dije, y vuelvo á repetirlo. No saldremos jamas de impíos. La voz de registro de pobres, ha despertado la rabia, y el miedo de muchos. Vivensi, abusando de la órden que se dió, intimó severamente al alcalde de este cuartel, no incluyese en la lista á sus parientes. Él mismo me lo ha confiado, bajo palabra de honor, y espero no me comprometais con él.

Verne. Ya es toda precaucion inútil. La virtud sepultada en el olvido, ha rasgado esta misma noche, las tinieblas que la ocultaban.

Conde. Cómo?

Verne. Si supiérais lo que me ha sucedido! El cielo . . . el cielo protector declarado de la inocencia, me hizo ver el mas lamentable cuadro de la miseria, y del horror . . .

Conde. No podré saber?...

Verne. Suspended por un momento vuestra curiosidad, que despues os lo contaré sobre mesa.

Conde. Como gusteis.

Verne. Vamos á otra cosa. Nada me habeis dicho del incremento que toma nuestro proyecto.

Conde. El mas feliz. Vuestro ecsorto ha movido el corazon de los verdaderos amigos del hombre, y les ha animado á prestar socorros. Desde el mas pudiente, hasta el menestral mas reducido, ofrecen sus facultades para la ereccion de un Hospicio, tan necesario á la humanidad.

Verne. Y solo Vivensi podrá resistirse?

Sale Carlos azorado.

Carlos. Perdonad, señores: pero . . .

Verne. Quién? *Se levanta.*

Conde. El hijo de Vivensi..... *Idem.*

Verne. Usted!

Carlos. Disimulad mi intempestiva visita.

Verne. No me quejo de eso. Me admiro de solo, el ver, que el hijo de Vivensi, tenga asuntos que tratar conmigo á estas horas.

Carlos. Si señor: y bien diversos de los de su padre. Permitidme hablar, y lo sabreis.

Verne. Me pertenecen?

Carlos. Pertenecen á los infelices, y esto basta, para que los escuche su defensor.

Verne. Usted me ha tocado el resorte mas sensible del corazon. No admito vuestro elogio, pero me obligo á oiros. Hablad.

Carlos. Pues sabed, que esta noche he reñido con un hombre, y le he herido.

Verne. Por qué causa?

Carlos. Por defender el honor.

Verne. De quién?

Carlos. De la hermana y sobrina de

mi padre; infamado por un pérfido....

Verne. Qué escucho?

Carlos. Cesará vuestra admiracion, luego que conozcais los motivos que me indujeron, y la veracidad de mi corazon. Será dable qué por ser yo hijo de Vivensi, se me retrate con los feos colores que á mi padre? Ah! no: otros afectos me dió naturaleza, y otros he cultivado yo mismo (de forma, que me avergüenzo de ser su hijo) señor, yo amo á mi semejante, é imploro la muerte antes que dejar de amarle.

Verne. Y es cierto eso?

Carlos. No me pondria en vuestra presencia, si tuviera la osadía de mentir. No es mi delito, no, la justa venganza con que queda castigado un vil calumniador, si solo el temor de haber aumentado los males de aquellas infelices! Qué pesadumbre no sería para mí, si (sabiendo que por ellas me he batido) mi padre volviese todo su rigor y ferocidad contra ellas! Entonces : : : : entonces : : : : reparad por piedad, señor, tan fatales consecuencias, demasiado han llorado aquellas infelices: no deben derramar nuevas lágrimas, y mas amargas sobre su mismo rubor!

Conde. Qué vehemencia! Qué sentimientos!

Verne. Dígame vd. la verdad. En este particular tendria parte tal vez otro afecto?

Carlos. Y le disgustaria á V. S. si tuviera alguna parte el amor?

Verne. Cómo!

Carlos. No lo niego. Un amor honesto, no envilece, y cuando ecsita á la gloria, no puede ser, sino va acompañado de la virtud.

Verne. Y cuándo, ó cómo concebisteis ese loable amor.

Carlos. Cuando vi presentarse una infeliz, á la puerta de un rico cruel, que le volvió la espalda. El ódio que me ocasionó su barbarie, y la compasion que en mí sucedió al llanto de Luisa, formaron mi dulce cadena. Puéde nacer de mejores principios mi cariño?

Verne. Y Luisa lo conoce?

Carlos. Lo conoce, y se estremece. El ódio de mi padre, es el que se opone á las halagüeñas esperanzas que podria formar.

Verne. Y por qué no aliviarla en su miseria, y permitirla se esponga, denoche, á las ocasiones de la culpa?

Carlos. Su delicadeza la ha impedido tomar mis socorros. Temia despertar la murmuracion, y yo he respetado su mismo temor.

Verne. Y con qué esperanzas continúa vd. en su amor?

Carlos. Con la de un santo lazo.

Verne. Y os desposariais con una miserable?

Carlos. Por serlo, no es delincuente; el culpado siempre es pobre, aunque posea muchas riquezas: al paso que el inocente es rico, aun cuando sea infeliz.

Verne. Basta: si seguis tan loables mácsimas, cojereis el fruto de ellas. Virtuoso jóven, no me negará vd. la dulce satisfaccion que solicito.

Carlos. Mande V. S.

Verne. Acompañarme á cenar.

Carlos. Señor : : : : :

Verne. Imagino, que no tendreis tan cohartadas las facultades, para volver á vuestra casa.

Carlos. No señor; pero . . . .

Verne. Pues bien: estaremos juntos, y vuestra detencion en mi casa, abrirá camino mas seguro á la felicidad de quien tanto os interesa.

Carlos. Si señor: pero . . . . Oh Dios mio. . . . Qué haré? si llega á saber . . . .

Verne. German?
Sale German. Señor?
Verne. Acompaña á ese militar á mi gabinete, y pon un cubierto mas.
Germ. Venid, caballero.
Verne. Vaya vd. querido: ah, el nombre?
Carlos. Carlos.
Verne. Ah mi querido Carlos! idos:

Le abraza.

Así que concluya un asunto que tenemos pendiente, seré con vos.
Carlos. Bien: mas señor, acordaos que

Misteriosamente.

me habeis abrazado; no llegue el caso de que os arrepintais. *Vase.*
Verne. Qué querrá decir con tal prevencion?
Conde. No comprehendo: pero su espresion ha sido misteriosa.
Verne. Y qué, sería capáz de mentir con tantas virtudes en los labios? No, no quiero ofenderle con mis sospechas. Sea el que quiera su misterio, yo me regocijo de tenerle esta noche en mi compañía. Y si él es síncero, qué noble venganza, qué dulce satisfaccion tendré yo de su cruel padre?
Dentro Julio. Se puede entrar.
Conde. Alguien llega.
Verne. Me parece en la voz, aquel anciano. Entrad, entrad.
Sale Julio. Disimule V. S., señor, si he tardado. La noche está tan obscura, que no acertaba la puerta de esta casa . . . . vaya, si me habia ya perdido, pero al fin, como dijo el otro: cosa mala, nunca se pierde.
Verne. Por la luz de los reverberos, os podiais haber guiado.
Julio. Si está el portal como boca de lobo.
Verne. Cómo?
Julio. Si señor: pues ignorais que cuando el pobre lo necesita, todo le falta?
Verne. Menos la asistencia del cielo. Cómo quedan vuestras amigas?
Julio. Eh! así . . . . así . . . .
Verne. Las habeis dicho . . . ?
Julio. Todo, todo. Podria yo dejar en silencio ni la menor parte de sus beneficencias? Lo bueno suene como el trueno.
Verne. Y cómo recibieron la noticia?
Julio. La hubieran recibido mejor, si el diablo no metiera la pata.
Verne. El diablo?
Julio. Perdonadme la espresion: pero á toda persona que agravia á los pobres, les doy este título.
Verne. Y quién fue?
Julio. Qué me se yo . . . . un calaveron . . . . un guapo . . . . uno que ha reñido con otro.
Verne. Es el hijo de Vivensi?
Julio. Ola! Lo sabeis? Justamente; el hijo de aquel perdulario. Mirad, si pudo suceder peor. Va á desafiarse (dice él) por el honor de aquellas infelices, y con eso ha conseguido, que mañana ande su estimacion de boca en boca por toda la ciudad.
Verne. Y qué han resuelto?
Julio. Me he portado como un héroe. Las he conducido á mi casa, por no dejarlas solas esta noche, y en volviendo haré que coman, beban, y desechen la melancolía. Haré bien?
Verne. Muy bien.
Conde. Qué húmor tan jovial. *ap. los dos.*
Verne. Es pobre; pero está contento: mas decidme, y aquél jóven?
Julio. Oh! si él se atreviese á venir á mi casa . . . .
Verne. Qué le hariais?
Julio. Qué? Así tan viejo como me veis, le haria rodar por la escalera, tan ligero como una pelota.

Verne. Hicierais muy mal. Nadie debe hacerse justicia por su mano, y menos con personas reputadas por honestas.

Julio. Quién? Ese bribonzuelo? Señor mio, esto no lo esperaba yo de V. S. De cuándo acá habeis visto algun mal árbol que produzca buenos frutos? Talis pater, talis filius. dice el refran; y estoy persuadido de esta verdad.

Verne. No podeis sin embargo estarlo, sin ofender la delicadeza de vuestras amigas. Ellas le han permitido sus visitas.

Julio. Cierto es, se las han permitido, porque son mugeres, y no piensan en el por venir: pero yo he sido siempre de opuesto parecer. La harina blanquea, y el carbon tizna al que se acerca á él.

Verne. No obstante; yo sé que quiere á Luisa.

Julio. El amor de los poderosos, nace con el sol, y muere cuando se pone.

Verne. Quizá os engañais; pero si yo me encargase. . . .

Julio. Entonces, todo puede ser fácil: porque quien á buen árbol se arrima : : : : ya me entendeis. Ay señor! conozco el mundo á fondo, y una filosofía natural, me ha hecho observar el poco ó ningun fruto que se saca de los amores, entre los ricos y los pobres: ó entre los de elevada clase, y la gente vulgar. Aquellos empiezan protegiendo, y si en las mugeres hay debilidad, se constituyen víctimas del engaño: y este se dora con la desigualdad de las clases. Bueno, bueno! con qué todos iguales para seducir, y desiguales para cumplir? No señor; cada cual, con su cada cual; ó cada oveja con su pareja.

Verne. Hombre admirable! Esa es una verdad que observo con bastante dolor.

Julio. Señor, yo no se leer ni escribir: mi biblioteca es la gran naturaleza: pero en esta he aprendido lo bastante para conocer á los hombres: pero á pesar de tan profundo estudio, no he comprehendido qué debo hacer para no trabajar, y comer. Esta es la filosofía que me resta que estudiar, y la creo fácil, cuando tantos, y tantos la profesan.

Verne. Compadecedlos, y no los envidieis.

Julio. Pero sin sentir se pasa el tiempo, y me parece demasiado tarde

Verne. German.

Sale German. Señor?

Del gabinete donde entró.

Verne. Dad á ese anciano lo que tengo ordenado.

Germ. Al momento. *vas. izq.*

Verne. Llevareis ese encargo á mis amigas, y las direis, que mañana temprano pasaré al Hospital, á ver á su marido.

Sale German. Tomad.

Le da un envoltorio.

Julio. Señor, mi rústico labio os rinde en nombre de aquellas infelices, las mas sínceras gracias, y discurro, que tambien ellas irán al Hospital.

Verne Tanto mejor: así me lo darán á conocer. Decidlas. . . .

Julio. Señor, este envoltorio pesa lo bastante, y : : : :

Verne. Teneis razon. German, alumbra.

Julio. No, no señor. No os canseis: la luz que nos pertenece, es la de la gratitud. *Yéndose.*

Al salir Julio, sale un capitan. Enrique que figura venir herido en un brazo; y dos ordenanzas: Julio sin reparar tropieza con las ordenanzas, y le dejan caer el envoltorio.

Capitan. Qué eres ciego?

Julio. Esa debiá de ser mi pregunta.

Recoje lo que se le cayó, y se retira al foro.

Conde. Qué es esto?
Verne. Mi hijo entre soldados?
Julio. Su hijo? *ap.*
Capitan. El respeto que se os debe, señor, es la causa porque le traemos á vuestra casa; de lo contrario, se hubiera quedado, aunque herido, en el principal.
Verne. Herido?
Enrique. Ah padre mio? Un indigno me ha provocado. . . .
Capitan. No culpeis á nadie, sino á vos: dad gracias á que la herida no es de consideracion; pero fuisteis acreedor á mas.
Enriq. Ah padre! no creais. . . .
Verne. Justos cielos! Qué hielo se apodera de mi sangre! Quién! Oh cielos! Habia yo de descubrir. . . . ay amigo! *Al conde.*
Conde. Qué transportes son estos! Calmaos: dejad que vaya á descansar.
Verne. A descansar . . .? él . . .? decidme, señor oficial, cuál es su delito?
Capitan. Señor, yo á la verdad, ignoro el todo.
Verne. Nada me oculteis: decidlo, no porque ignore yo el caso; pero quiero confirmarle.
Capitan. Pues siendo así, escuchad. Ha insultado el honor de una doncella, que . . . .
Verne. Y ha sido castigado por el hijo de Vivensi?
Capitan. Cierto.
Enriq. Pero padre mio, *alto.*
Verne. Ah, hombre pérfido, y reo de la culpa mas odiosa, te atreves aun á levantar la voz? Tú, que entre las nocturnas sombras intentaste poner tus manos sobre una inocente, y te vengaste de quien se interpuso á tu violencia, calumniándola horriblemente. . . . Oh Dios! con mirarte que multitud de afectos me asaltan, y devoran el corazon! Qué noche! que

Arrebatado.

obscura noche se interpuso entre la luz y yo. . . . Quitadle de mi vista, no me fio de mí mismo.
Capitan. Cuál es su habitacion?
Verne. Que vaya al arresto, llevadlo.

Furioso.

Conde. Amigo! *Conteniéndole.*
Verne. No intercedais por él. En el estado en que me hallo, me desconozco á mí propio. Al arresto, lo repito, al arresto.
Conde. Pensad que está herido.
Verne. Y por qué no ha muerto? Por qué en vez de un brazo, no le ha partido el corazon? Por qué?
Enriq. Ah padre! *De rodillas.*
Verne. Huye de mí, indigno: no provoques mi furor, por qué. . . . Dejadme, todos están conjurados contra mí? Aun no habeis separado de mi presencia á ese mónstruo? Quereis que el rubor acabe con mi vida?

Se apoya en el respaldo de una silla.

Conde. Señor capitan, yo me entrego de Enrique.
Capitan. A vos le fio.
Conde. No temais: yo respondo de él,
Vanse capitan y soldados.
Vamos. *A Enrique.*
Enriq. Ah señor.
En accion de darle gracias.
Conde. Venid conmigo. *vs. cuart. izq.*
Julio. Vean ustedes desmentido el refran de talis pater, talis filius. Aquí se encuentra un padre bueno, y un hijo perverso. Ah mundo, mundo? pero mas vale callar, y marcharse.

Verne. Y bien se ha marchado?
Julio. Si señor.
Verne. A su cuarto, ó á el arresto?
Julio. Al cuar.... no, no; al arresto.... mas vale mentir.
Verne. Y el conde?
Julio. Vuestro amigo? se ha ido.
Verne. Ah! él le habrá protegido.
Julio. Señor, sosegaos. Ya es inútil.... A lo hecho pecho.... El mal....
Verne. Yo le vengaré.
Sale Conde. Tranquilizaos, amigo. Es indecoroso en vuestro carácter todo transporte de ira. Vamos á vuestro cuarto. Es tiempo de invocar sobre vos mismo, la verdad y el consejo.
Julio. Señor, con vuestro permiso.
Verne. A Dios, buen hombre, vos habeis presenciado mi terror, vereis tambien mi venganza. Idos, consolad á vuestras amigas; y evitarlas la pesadumbre que las ocasionaria este suceso.
Julio. Así lo haré, señor. *Vase.*
Sale German. La cena está dispuesta.
Conde. Venid, amigo.
Verne. Qué apetito puedo tener?
Conde. El que os adquirirá la verdadera amistad.

ACTO TERCERO.

Salon largo de un Hospital, con dos crujías de camas, una á cada lado: las dos camas primeras de cada crujía, deben ser practicables, y si pudiesen ser lo mismo las demas: pero no de prespectiva, y todas ocupadas con enfermos. En la primera cama de la izquierda, está Venancio sentado sobre ella, y casi vestido, con su gorro y chinelas. En la de la derecha, está Urbano, vestido del todo, sentado en la cama, y apoyado en un baston. En la segunda cama de la derecha, habrá un enfermo acostado: y otro en la de la izquierda. Farol en medio de la sala, que se está apagando. Puerta al foro por donde se hacen las salidas. Aparece el practicante paseándose por el medio de la sala.

Venancio. Bendito sea el Señor, que me concede ver el nuevo dia, oh pura y viva luz del sol! Cuándo resplandecerás propicia para mi familia y para mí, así como te ví en los dias de mi pasada felicidad? Quando? ah! jamas.... jamas....
Urbano. Qué teneis, señor Venancio? de qué os quejais?
Venan. Ay amigo, discurro sobre mis males; y sobre ellos hago mis reflexiones.
Urbano Habeis pasado muy mala noche: la tos os ha inquietado muchísimo.
Venan. No me ha dejado sosegar. Me

he visto en la precision de levantarme casi desesperado.

Urbano. Yo tambien la he pasado muy mala á causa de la gran sed: estos perros no me han dejado una gota de agua para consolarme.

Venan. Es preciso tolerarlos son tantos los enfermos.....

Urbano. Aunque fueran pocos sucederia lo mismo. Estos practicantes desconocen la caridad, y entran aquí, tan solo para aprender á desollar y enterrar.

Venan. Sin embargo, he observado que os tienen alguna consideracion.

Urbano. Debieran tenerla: respeto á que pago mi peseta diaria: pero nada. . . . lo propio que sino pagara: me tratan como á los demas: y á veces peor.

Practicante. Qué sucede ahi? Se ha armado ya la tertulia? *desde el foro.*

Venan. Perdonad.

Practican. Callen ustedes: no se os cayera la lengua. Si ustedes no tienen sueño, dejad á los demas que duerman. Insolentes. . . .

Urbano. Lo oís? Qué modo de esplicarse! *En voz baja.*

Venan. Tiene razon, es preciso callar.

Enfermo primero. Un poco de agua.

Practican. El médico no quiere.

Con aire insolente.

Enfermo segundo. Me da vd. una taza de caldo?

Practican. A su tiempo se os dará.

Enfermo segundo. Y cuándo llegará la hora?

Practican. Silencio.

Sale Julio con alguna franqueza, quien trae en un pañuelo caramelos, pasas y vizcochos. El practicante le impide entrar.

Practican. A dónde vais?

Julio. A donde puedo.

Practican. No es esta hora de hacer visitas.

Julio. Yo tengo licencia para hacerlas á cualquier hora.

Practican. Pero. . .

Julio. Pero . . . . pero . . . . Es preciso *parte.* el tener un poco de paciencia, y aguantarlo. Ah Venancio!

Se acerca, y le abraza.

Venan. Julio mio! Tú á estas horas?

Julio. Oh! si supierais, cuanto tiempo hace que estaba á la puerta del Hospital . . . . si supierais . . . . tomad . . . . tomad . . . . *Alegre.*

Le da un cucurucho.

Venan. Y qué es esto?

Julio. Caramelos de malvavisco para la tos: os harán provecho.

Venan. Ah Julio! cuanto te debo! te incomodas demasiado por mí.

Julio. Incomodarme? No juzgueis que es fineza mia esta. Mis caudales no me dan para que yo compre caramelos. Si supierais que bolsa está abierta para vos y vuestra familia.... si supierais. . . .

Venan. Cómo? cómo? Urbano acercaos, escuchad mis felicidades.

Urbano se acerca, que se habia ido desde que Julio salió.

Urbano. Felicidades? y podréis lograrlas?

Venan. Yo no sé. Julio me habla de consuelo, de felicidad.

Julio. Y lo repito. El nuevo Gobernador, ha tomado parte en vuestros males, y . . . . sabeis lo qué quiere decir un Gobernador? y lo qué puede hacer?

Urbano. Quiere decir, un hombre de autoridad....

Julio. Nada de eso.

Venan. Pero acaba de consolarme, dime....

Julio. Silencio, que aquí se acerca:

Mira al foro.

Venan. Quién?

Julio. El Gobernador.

Urbano. Aquél?

Sale por el foro Vernero, con su leviton, de forma, que encubra el uniforme que trae debajo: mira á ambos lados: encuentra al pasar al practicante, le saluda, y pasa adelante: el practicante le vuelve el saludo; y dice aparte.

Practican. Qué novedad! tan temprano empiezan las visitas. Quién será este señor tan hinchado? Esperemos á ver.

Julio. Señor. *Saliéndole á recibir.*

Vernero. Oh! estais aquí? Celebro os hayais adelantado.... Y vuestras amigas?

Desde esta escena hasta la peripecia, Vernero procurará ocultarse cuanto pueda, con el pañuelo en la boca; y con todas sus acciones.

Julio. Tardarán muy poco en venir.

Vernero. Bien: Y á dónde se halla el enfermo?

Julio. Allí está. *Señalando.*

Vernero. Aquél? Qué aspecto tan venerable! Dios os guarde, señor Venancio. *Se acerca.*

Venan. Señor....

Haciendo por levantarse.

Vernero. No os incomodeis; vuestra situacion os da derecho á no hacer cumplidos. Solo deseo que me conozcais. Miradme, haced memoria de mí.

Venan. No me acuerdo.

Despues de mirarle.

Vernero. No os acordais del teniente Vernero, qué militó con vos bajo las banderas del mariscal Benchild?

Venan. Verdad es: ahora caigo.

Julio. Voto á.... y yo tan borrico, que se me ocultase que erais militar? Bien, que tengo disculpa: solo os he visto denoche, y sin insignia alguna. Ahora os quiero mas.

Vernero. Por qué?

Julio. Por qué? Pues hay mayor satisfaccion entre los hombres, que la de poder decir: "Yo he es„puesto la vida por mi soberano, y „por mi patria: he ganado una ban„dera: he escalado una muralla...." Pero yo no he probado ese placer. Mi buen padre quiso que siguiese el comercio: hice, por mi fatalidad, una quiebra considerable; ausentéme de aquel pais, y vine á este á vender yesca y pajuelas.

Vernero. Estais contento?

Julio. Nada poseo, y estoy libre de afanes que me atormenten.

Vernero. Sois mas feliz que yo.

Julio. Sí: pero....

Vernero. Dejadme hablar con Venancio.

Julio. Pero en pie.... Si encontrara una silla.....

Urbano. Tomad esta.

Desde su cama, que se retiró desde que Ventró ernero.

Julio. Sí, sí.... *Con franqueza.*

Vernero. No os incomodeis por mí.

A Urbano.

Urbano. Nada, nada, tomad.

A Julio.

Julio. Acercaos, y probareis la delicia de ver á un hombre de bien.
Practican. A dónde llevais esa silla?

Con altivez.

Julio. Es para que se siente aquel caballero.
Practican. Que se esté en pie. No es necesario para hablar sentarse.
Julio. Yo despues la volveré á su lugar.
Practican. No quiero que se altere la simetría del Hospital.
Julio. Voto á.... que estoy tentado

Aparte.

por romperle la simetría en los cascos.
Vernero. No, no: Julio, déjala en su puesto.
Julio. Yo quiero que os senteis.
Practican. Pero....
Julio. Señor practicante, juicio, y será mejor para vos.
Practican. Hu.... hu.... hu....

Se retira gruñendo.

Vernero. Y son tan indiscretos en este Hospital?
Urbano. Ay señor! si supierais que gente hay aquí dentro!
Venan. Dejad ahora eso, Urbano, y no me retardeis el gusto de conocer una persona, de la que habia perdido la imágen. Válgame Dios! Y cuanto tiempo hace que no nos vemos. Pero estais jóven robusto; y yo....
Vernero. No desmayeis, ni perdais la esperanza de recobrar, sino la juventud, al menos la jovialidad, que es el mejor bálsamo de la vida. Yo tambien tengo mis afanes, y el puesto á que hace un mes me han elevado mis cortos talentos, me los aumentan .... pero dejemos esto, y vamos al motivo de mi venida, que es lo que mas interesa. Cómo os va en vuestra enfermedad? De qué naturaleza es?
Venan. Una tenaz tos, y una contínua calenturilla, eran los indicios mas seguros de mi decaimiento: pero ahora....
Vernero. Qué?
Venan. De dos dias á esta parte, me parece que tengo alguna mejoría.
Urbano. No será posible restablecerse, mientras se mantenga en este sepulcro.
Vernero. Falta la cura, y el cuidado?
Urbano. Para destruir á un enfermo, todo sobra; pero para restablecerle, otra cosa se necesita que la cura y el cuidado de un Hospital.
Vernero. Pero cómo, en un parage donde se hace profesion de cuidar á los enfermos....
Urbano. Los matan mas pronto .... Oidme. En esta crujía hay treinta camas, en la de enfrente, otras tantas, y asimismo en las demas salas. En cada cama hay un enfermo: el uno está asmático, el otro aploplético, aquel hidrópico, este cránico, y el de mas allá tísico, &c. Viene el médico por la mañana, hace su visita, toma los pulsos, y sin detenerse á observar, receta; da sus órdenes, se va, y no vuelve hasta el dia siguiente. El boticario poco despues pasa con las medicinas, y entrega á cada uno, la dósis de bebida, de píldoras, &c.: sin meternos ahora, en las veces, que ó por no mirar bien la libreta, ó por otras causas, equivoca las porciones, y da á uno, lo que suele servirles de mas perjuicio. Y regularmente pagan los enfermos sus juegos y distracciones: no ha muchos dias, que en esta misma sala, iba el remedios mayores leyendo la li-

breta, y el boticario distribuyendo la medicina, y se divertian á espensas nuestras; empezó su lectura en esta forma: número 1.°, emulsion nitrada con el jarabe pectoral: número 2.°, dieta: número 3.°, media, y chocolate: número 4.°, cantáridas; se ha muerto (dijo el practicante) y el otro respondió, echárselas al 5.°; figuraos como se pondria el que ocupaba la cama, contra el tal señor. En seguida viene el aprendiz de cirujano: á este sangra: desuella al otro: emplasta las llagas á aquel, y hasta la vista. Queda el enfermo á cargo del practicante, que mas cuida de jugar á los naipes, ó de cortejar, que de asistir á su sala. Este, y el marmiton, despues que suministra el caldo, la sopa, el pedazo de cuero cocido; y tal vez por rara casualidad, dos dedos de vino muy aguado, vá á comer con el asistente, el enfermero y cocinero, buenos capones, y ternera muy rica, cebada con las rentas del mismo Hospital. Decidme, pues, entre estas gentes, cómo quereis que se restablezca un pobre enfermo? Él se muere de hambre, de sed, de agonía, del mal olor, y aun tiene mucha dicha, si la naturaleza le favorece, y le ayuda á salir pronto de entre estos demonios: ó bien curando, ó bien dejando el pellejo. Si un enfermo en una casa particular necesita dos personas que le asistan, cómo una sola podrá cumplir con sesenta?

Venan. Ah! Urbano, callais?

Urbano. Ya sabeis que no puedo callar.

Julio. Haceis bien, hablad siempre que digais la verdad. Lo que merece castigo, se debe siempre declarar, y aquí teneis quien lo hará.

Vernero. No, no, Julio, no os prometais tanto. No descuidaré el socorro de mis semejantes: pero es caso negado, querer corregir todos los abusos. El mundo . . . . .

Practican. Silencio, señores.

Julio. Qué querrá ese aprendiz de matador?

Vernero. Vendrá el médico.

Urbano. En efecto, viene.

Salen por la puerta del foro el médico; y un practicante con el tintero y la libreta: se reune el practicante que estaba en la escena á la visita; y empieza por la primera cama;

Urbano. Dejadme ir á mi cama.

Vernero. Yo tambien me retiro á este lado.

Vernero se retira, cubriéndose cuanto pueda, á la punta del tablado.

Médico. No puede vivir, os digo: dis-

Primera cama.

ponedle para la muerte.

El practicante escribe.

Julio. Sentencia difinitiva, y sin apelacion.

Médico. La calentura ha repetido: ve-

Segunda cama.

remos como termina.

Julio. Eso es darle largas.

Médico. Sangría: está muy encendido.

Tercera cama.

Julio. Sí: que los refrescos valen caros.

Médico. La acostumbrada decoccion:

Cuarta cama.

aumentándose algo la dósis sudorífera.

Julio. Eso es repetir, por si pega.

Médico. Este es preciso que cometa

Quinta cama.

desórden.

Practican. Por nuestra parte no: seguramente, á no ser por la de su hermano que le visita.

Médico. Ustedes no tienen cuidado: si llega á morirse, la culpa la tendrá el médico.

Julio. Como regularmente es la verdad: pero bueno es lavarse las manos como Pilatos.

Médico. Un vomitivo. Ola! os habeis

Sexta cama.

levantado. *A Urbano.*

Urbano. No puedo estar en la cama; el asma me atormenta.

Médico. No sé què hacer ya. Ella os acompañará al sepulcro.

Urbano. Gracias por el aviso.

Julio. Ahora es ello.

Se retira un poco.

Médico. Tampoco hoy teneis calentu-

Despues de pulsarle á Venancio.

ra. Alta.

Venan. Señor doctor:::

Médico. Qué quereis?

Venan. Discurris que la fiebre me haya dejado por largo tiempo? Yo concibo por mi gran debilidad, que no ha hecho sino una breve tregua conmigo. Permitidme algun dia mas.

Médico. No puedo. El enfermo sin calentura, debe salirse.

Venan. Y la convalecencia.

Médico. Hacedla en vuestra casa.

Venan. Dios mio! ignorais acaso mi infeliz estado?

Médico. Eso nada me importa. Infeliz? si lo que yo sé lo refiriera, os haria poco honor.

A estas palabras todos se comueven é interesan.

Venan. Poco honor?

Médico. Ea, idos: vuestra hija, que bajo el pretesto de la pobreza prostituye su hermosura, y promueve desafios entre sus pretendientes, os procurará una escelente convalecencia.

Venan. Dios mio, qué es lo que oigo.

Se deja caer sobre la cama.

Vernero. Señor doctor, esperad.

Médico. Qué quereis?

Vernero. Que me informeis sobre lo que habeis dicho á ese infeliz.

Médico. Quién sois vos, para ecsigir informe?

Vernero. Un hombre de bien, que alimenta en su pecho, sentimientos muy diversos de los vuestros.

Médico. Ya, ya os entiendo. Vos sin

Con ironía

duda sereis el protector de aquellas inocentes.

Vernero. Doctor...! *Con nervio.*

Médico. Mas seais lo que quisiereis, yo debo atender á mi visita, y no á vuestro entusiasmo; ni este es lugar para informaros de lo que dije.

Vernero. Pues bien: lo será delante del Gobernador Vernero: en su tribunal os aguardo para confirmar vuestras espresiones.

Médico. Vaya, vaya; él es loco.

Le vuelve la espalda, y sigue la visita.

Julio. Quién es loco, quién?

Con entusiasmo.

Vernero. Tranquilizaos. *Deteniéndole.*

Julio. Voto al diablo. *Furioso.*

Vernero. Aquietaos, y procuremos alentar á este infeliz: Venancio?

Venan. Lo oisteis, señor?

Vernero. Y quién hace caso de las voces de un imprudente, en cuya faz se manifiesta claramente la ba-

jeza y la impostura? No deis crédito á unas voces falsas.

Venan. Y podré creerlas tal? Él ha hablado de desafio....

Vernero. Ha hablado como un hombre de pérfido corazon, de inicuos principios, y peor educacion.

Médico y practicante están en el foro.

Médico. Sí, sí: él será hombre de bien, añadiéndoos la seduccion.

Vernero. Doctor, no trato de contestaros: os espero ante el tribunal de Vernero.

Médico. de Vernero! A Dios.... Viva el protector. *vs. y los practicantes.*

Julio. Y sufris tal insolencia?

Vernero. Tales hombres no me pueden ofender. Ya le cité donde dará razon de sus imposturas: allí quedará confundido y castigado delante de la verdad.

Sale Luisa. Está levantado!

Y Margarita al foro.

Vernero. Ellas son.

Marga. Ah esposo! *á un tiempo,*

Luisa. Ah padre! *y se*

Venan. Hija, esposa! *abrazan.*

Julio. Margarita! Luisa! Qué bello cuadro. *A Vernero que se retiró.*

Vernero. Yo no gusto de estos bellos placeres en el mundo. *ap.*

Marga. Por qué te has levantado?

Luisa. Estaís mejor?

Venan. El médico dice, no tengo ya calentura: pero mi debilidad es estremada.

Julio. Y lo peor es, que no quiere que pase aquí su convalecencia.

Luisa. Y por qué?

Julio. Oh! bueno! Porque así lo tendrá dispuesto y concertado con su amigo Vivensi. Son lobos de una camada, y no se muerden por mas que se gruñan.

Sale por el foro el practicante, con un vaso y dos jarritos, que figuren ser de medicina, y aguas cocidas, los que deja en várias camas, y se dirije á su tiempo, con el vaso, á la de Urbano.

Practican. Esta tertulia la acabaré yo.

Julio. Qué decis?

Practican. Nada.... tomad. *á Urbano.*

Urbano. Qué es esto?

Practican. El acostumbrado jarabe.

Urbano. No le quiero.

Practican. Y por qué?

Urbano. Porque el médico me ha dicho que he de morir de este mal; y siendo así, que debemos creer, y aun apoyar sus desaciertos, pues son oráculos de las vidas, no quiero ni mas jarabes, ni mas medicinas.

Practican. No obstante, con estas drogas, puede....

Julio. Tomadlo, amigo, y tened entendido, que los malos médicos, y los albañiles remendones, llevan un propio camino: todo se vuelve echar remiendos al humano edificio, hasta que á fuerza de su ignorancia, da en el suelo: tomad por via de remiendo esta droga.

Urbano. Buena cosa: grama, en vez de zarza-parrilla.

Practican. Si no estuvierais enfermo....

Urbano. Qué, me desafiariais?

Practican. Yo? Dios me guarde. Eso se queda para los enamorados que promueven desafios por sus jóvenes: v. g. como esa niña....

Venan. Señor practicante, qué habeis dicho?

Practican. Yo no se nada. El médico me lo ha contado. *vase.*

Julio. Ah infame doctor!

Vernero. Venancio, no hagais aprecio.

Se acerca.

Marga. Oh señor. *Saludándole.*
Luisa. Mi bienhechor! *Idem.*
Vernero. No os sorprehendais, ni hagais demostracion alguna, que me descubra hasta su tiempo.

Salen Vivensi y practicante al foro.

Vivensi. Quién son aquellas mugeres, practicante?
Practican. No las conoce vd.? La muger é hija de aquel mendigo.
Vivensi. Ellas son.
Luisa. Ay cielos! Vivensi. *mirándolo.*
Vernero. El es. *Se cubre, y retira.*
Venan. A qué vendrá ahora?
Marga. No temas. Yo sabré responderle.
Julio. Ademas, aquí estoy yo.
Urbano. Aquí tenemos el otro asesino.
Vivensi. Ya os he mandado avisar por repetidas veces con el asistente, que esta no es hora de visitar enfermos; pero vosotras abusais de mi tolèrancia. Quisiera que me entendieseis, sin obligarme á segunda declaracion.
Marga. Demasiado entendido estais. Quisierais que nos marchásemos de aquí.
Vivensi. Así es: y principalmente en el tiempo crítico que está destinado para la limpieza del Hospital.
Marga. Veo vuestra mucha razon, pero estad seguro, de que á no haber sido tan urgente el motivo que aquí nos condujo, hubiéramos respetado vuestra órden. Volveremos mas tarde.
Vivensi. Escusaos de esa molestia.
Marga. Por qué?
Vivensi. Porque esta tarde, ó á mas tardar mañana, vuestro marido se irá á su casa.
Venan. Cómo! así tan débil?
Vivensi. El médico me ha asegurado, que hace dos dias os falta la calentura; y yo no puedo consentir, que una cama que debe servir para otro, esté ocupada inútilmente.
Venan. Pero mis fuerzas. . . .
Vivensi. El tiempo, y el egercicio, os las harán recobrar.
Marga. Y mas que todo, los socorros de su beneficencia.

Con ironía.

Vivensi. Margarita!

Con fuerza, y terrible mirada.

Marga. De qué sirven esas horribles miradas? Acáso ellas me cohartarán la facultad para deciros, que la prisa que teneis de que salga de aquí mi esposo, procede solamente de seros inaguantable la vista, de un contínuo acusador de vuestra insensibilidad?
Vivensi. Yo no tengo remordimientos para temer acusaciones, y si así fuera, no le hubiera admitido en el Hospital.
Marga. Pués dependia su admision de vos? La precision os obligó á ello, que á no ser así, le hubierais echado de estos muros, como lo habeis egecutado conmigo y mi hija muchas veces, de los umbrales de vuestra casa.
Julio. Esto se llama claridad y verdad.
Venan. Sosiégate, Margarita.
Luisa. Aquietaos, madre mia.
Vivensi. No os altereis, y mas valdrá que salgais del Hospital, y guardeis á vuestra hija de las sombras de la noche, entre las que en ellas cree quedan sepultadas sus liviandades.
Luisa. Ah bárbaro! *Con fuerza.*
Vivensi. No os propaseis. Este no es parage para inútiles gritos, Respetad . . . .
Luisa. Respetaré yo, hombre cruel,

lo que vos mismo haceis abominable con vuestras indignas proposiciones? Ante todo el Universo levantaré mis quejas pidiendo justicia, del agravio que me haceis? Cómo calumníais de esa suerte la inocencia, á fin de justificar vuestra propia crueldad? Es esta, pues, la condicion del pobre que esconde su rubor en las sombras de la noche, y alarga la mano, implorando la piedad y el socorro, y halla en su lugar la insidia ó la calumnia mas atroz y detestable? Ah madre! Por qué si habia de pasar por esta afrenta, no me ahogaste en vuestro seno, antes de que naciera? por qué? Ah Dios mio! Dios supremo, qué horror me cubre el corazon! Cuán bárbaro y feroz ha sido para mí este golpe inesperado! Ah madre mia, yo fallezco . . . .

Cae desmayada sobre Margarita.

Marga. Ay hija mia!
Venan. Hija. . . !
Julio. Pronto, pronto, un. . . .
Urbano. Qué quereis?
Julio. Pronto, un poco de agua un espíritu. . . .
Urbano. Espíritu aquí? Aunque os murierais, y en él consistiera vuestro vivir, no se encontraria.
Julio. Yo le hallaré. . . . Ah bri. . . .

A Vivensi.

Estais contento ahora, que la habeis ocasionado un deliquio.
Vivensi. Eso es fingimiento. *Yéndose.*
Julio. Fingimiento? voto al diablo.

Sale el médico por el foro, y habla con Vivensi.

Médico. Amigo, con quién altercais?
Vivensi. Con mis dignísimas parientas, que han venido aquí para insultarme.
Médico. Y qué podeis esperar de quien ha ocasionado á noche á vuestro hijo un desafio.
Vivensi. Cómo!
Médico. Pues, qué no sabeis que Carlos ha reñido con otro, por la hermosura de vuestra sobrina?
Vivensi. Justo Dios! *Alto.*
Médico. Tranquilizaos; no os alboroteis.
Vivensi. Ah mugeres inicuas! teneis mas árdides para disfrazar vuestros delitos.
Marga. Hija. *Vuelve Luisa en sí.*
Venan. Dejadnos, Vivensi.
Julio. Vaya, y contra quién?
Vivensi. Contra todos, indignos, contra todos: eres tú su defensor? su. . . .
Julio. Sírvase vd. (si gusta) de no ultrajarme; pues de lo contrario, os encajo en la cabeza, cuanto trasto me venga á la mano.
Vivensi. Amenazas á mí? Practicantes?
Practican. Señor?
Vivensi. Echad al momento á todos esos pérfidos á la calle.
Médico. Pero señor. . . .
Vivensi. A nadie oigo. Que salgan esos indignos, que han seducido á mi hijo.
Médico. Tranquilizaos, pues de no, os citarán, como á mí, ante el tribunal de Vernero.
Vivensi. Y quien será el atrevido....
Vernero. Yo: que os he visto y oido con horror.

Se descubre, y adelante.

Julio. Gracias á Dios que llegó la hora! *ap.*
Vivensi. Señor Gobernador? V. S. aquí!

Reportado.

Médico. Infeliz de mí! Que este es Vernero. *ap.*

Vernero. El conocerme aquí, de nada sirve: no es la persona la que debe asustar al hombre criminal, sí, el verdadero conocimiento de su delito. Aunque no fuera yo Vernero, el horror que me ocasionó *Al médico.* vuestro indigno proceder, me constituiria vuestro irreconciliable acusador. Imaginaos, pues, qué será en el instante, en que se manifieste la verdad delante de la ley: y enterado perfectamente de vuestro carácter, me manifieste vuestro juez. Aquel, sí, aquel será el instante en que tembleis, no de Vernero, sí de la humanidad ultrajada: del honor agraviado, y de la integridad violada. Contra vosotros clamarán, el amor social, la ley, el público, y el privado bien. Mi justicia os espera dentro de dos horas en mi tribunal, y os enseñará á respetar este nombre.

Médico. Pero, señor, vos. . . .

Vernero. Julio, id á buscar una silla de mano, para trasladar á Venancio á mi casa.

Julio. Al momento. Allí nos veremos las caras, señores. *Vase.*

Vivensi. Y quereis que salga. . . .

Vernero. No lo queriais vos?

Vivensi. Perdonad un primer movimiento : : : : la noticia de un hijo : : : :

Vernero. Vivensi, no os contradigais. . . "Venancio está sin calentura : no „debe ocupar una cama, que puede „servir para otro enfermo." Sobrantes camas hay en mi casa, y puedo sacrificar una de ellas, á la piedad y á la ternura.

Venan. Ah señor?

Marga. Hombre singular! *Rodeándole.*

Luisa. Hombre benéfico!

Vernero. Infelices objetos, quién no lo será para vosotros, sino el mas cruel de los mortales?

Sale Julio. Señor, está pronta la silla de manos.

Vernero. Venancio, apoyaos de mí.

Julio. Yo, yo le ayudaré.

Vernero. No Julio; no me priveis del puro placer que se esperimenta en asistir á su prógimo. Jamas he sostenido peso mas dulce. Solo las almas insensibles, pueden rehusarlo.

Marga. Ah esposo!

Luisa. Padre mio!

Urbano. Esto me ha sorprehendido.

Julio. Sabeis por qué? Porque raras veces sucede.

ACTO CUARTO.

Salon corto: tres puertas al foro: la de en medio es la de las salidas, y las otras dos, de los gabinetes de Carlos y Enrique. German aparece.

German. Ya queda todo corriente, y el amo se está acabando de vestir, pues debe acudir al tribunal en esta misma mañana. Qué de huéspedes nos han venido! Pero quién entra?

Sale Conde. German, dónde está el señor Gobernador.

Germ. En su gabinete.

Conde. Supongo, qué habrá ido al Hospital?

Germ. Segun las señas, no me queda duda: pues ha traido á aquel gabinete, un enfermo, y á toda su familia.

Conde. Hombre singular, á quién interesa mas la causa de los pobres, qué su propia conveniencia! Permanece aun en casa, el hijo de Vivensi?

Germ. Creo que aun está durmiendo, pues está cerrado su cuarto, y él no ha salido.

Conde. Y Enrique?

Germ. El cirujano dijo anoche, que la herida era ligera, y de ningun riesgo.

Conde. Habrás callado á su padre, que se halla aquí?

Germ. Cumplí con vuestra órden, pero mi señor, se lo ha presumido.

Conde. Cómo!

Germ. Me dió órden, que nó le dejase salir, si lo intentaba.

Conde. Estas órdenes me disgustan: Vernero tiene un escelente corazon; pero á veces : : : pasa recado de que deseo hablarle.

Germ. Venid conmigo, señor. *vanse.*

Sale Luisa: izquierda, arriba.

Luisa. Qué mudanza! Anoche combatiamos con la miseria y el olvido, y hoy fluctuamos en la felicidad y esperanza! Justo Dios! será sueño lo que pasa? La dilatada costumbre de los males, me hacen dudar de la misma verdad. Sumo Dios, que todo lo dispones, no, tú no puedes abandonarnos!

Sale Carlos. Ya es demasiado tarde, y quiero. . . .

Luisa. Quién es. . . . Oh Dios!

Carlos. Luisa. . . !

Luisa. Vos estais aquí? cómo? *Alterada.*

Carlos. El modo con que lo preguntais, indica vuestro disgusto, en volverme á ver: ah mi buen amiga! Ya no me queda duda que he perdido vuestra estimacion, á vista de tan frio recibimiento.

Luisa. Carlos; en la cruel situacion que me ha puesto vuestro ardor; puédo recibiros con aquella alegría que no tiene lugar entre mis males!

Carlos. En nada os culpo, amable Luisa. Mis reflexîones son hijas del amor: sin embargo, el veros á estas horas aquí, me hace imaginar....

Luisa. Qué?

Carlos. La mas suave y consoladora idea. Vernero no puede formar sino proyectos, los mas estimables, para la humanidad.

Luisa. Estas paredes me serían desconocidas, á no haber venido con mi madre, acompañando á mi buen padre.

Carlos. Qué se halla aquí?

Luisa. En aquel cuarto que le ha franqueado el señor Gobernador gozando el dulce reposo, en el seno de la sensibilidad.

Carlos. Ya no me queda la menor duda, de que todo tendrá un dichoso fin, amada mia.

Luisa. Pero Carlos, os lisonjeais acaso con la idea de aspirar á mi mano?

Carlos. Sí Luisa; jamas pensé realizar mis honestos pensamientos, á causa de los insuperables obstáculos que se oponian, pero en este momento los creo verificados.

Luisa. No sofoca vuestra esperanza la diferencia que media entre vuestra situacion y la mia? El ódio que vuestro padre profesa al mio?

Carlos. Todo eso es nada, en comparacion de mi promesa.

Luisa. Conozco que enagenada vuestra alma, no os deja hacer aquellas reflexîones que merecen las circunstancias.

Dentro Marga. Luisa, Luisa?

Luisa. Voy, madre mia.

Carlos. Cómo, á dónde vas?

Luisa. Mi madre me llama: dejad que obedezca.

Carlos. Os seguiré.

Luisa. No Carlos, nó querais alterar el reposo de mi padre.

Carlos. Pero. . . .

Luisa. Respetadme; demasiado me espusisteis anoche. *Vase.*

Carlos. Es verdad, su respuesta ha agitado mi corazon. Tarde conozco que he merecido su indignacion: pero será acaso imperdonable mi culpa? Deberé perderla, por haber sido escudo de su honor! Por qué?

Sale Enrique al foro, derecha.

Enrique. Quién está aquí? me parece Carlos.

Carlos. Quién me nombra?

Enriq. Os suspendeis al verme? decidme, vuestra suspension, es efecto de osadía, ú de temor?

Carlos. Ni de uno, ni de otro: En cuanto á la primera, no puede ser en este sitio: y respecto al segundo, vos sabeis que no le conozco.

Enriq. El hallaros aquí, me lo persuade. Sabeis quien soy yo, y no ignorais quien es mi padre.

Carlos. El saberlo, me ecsime de ignorancia y de temor. Mi causa fue justísima, y el soldado no debe conocer mas que un camino: el del honor.

Enriq. Estais orgulloso por haberme herido anoche.

Carlos. Herir á mi semejante, no puede infundirme orgullo; pero castigarle cuando es delincuente, es obra del deber, y me glorío de egecutarlo.

Enriq. Y aun teneis osadía para sostenerme. . . .

Carlos. Y por qué no? varía jamas la verdad, por qué varíen las circunstancias?

Enriq. Agradeced á la inmediacion de mi padre, que sino. . . .

Carlos. Callad: vuestro padre está muy bien informado de lo ocurrido, como testigo de vista: pues él mismo fue, quien os arrancó la presa de las manos.

Enriq. Cómo? él fue? ó Dios mio, qué será de mí? su impetuoso genio: su carácter severo: y su duro corazon. . . .

Carlos. Enrique, no falteis al respeto filial, con palabras tan inicuas.

Enriq. Carlos!

Carlos. Enrique! no volvamos á irritarnos, y respetad vuestro lastimoso estado.

Salen Vivensi y Médico de gala.

Vivensi. El es, él es: no os habias engañado.

Médico. Si lo sabia de positivo.

Vivensi. Qué haces aquí?

Carlos. Padre. . . !

Vivensi. Qué no prosigues? Mi presencia inesperada te ha privado el habla? vete, y no me irrites.

Carlos. Al punto os obedezco, pero sepa la causa.

Vivensi. No tengo necesidad de decirla aquí. En otro puesto, y con diferente modo, te lo esplicaré.

Carlos. Con diferente modo?

Médico. Tratadle con dulzura: no le amenacéis. *bajo, á él.*

Carlos. Vuestras razones me conceden un derecho para preguntaros, en qué puesto, y con qué modo, me manifestareis la causa? En nada he delinquido.

Vivensi. Juzgas que tu delito ha quedado sepultado entre las sombras de la noche? y qué no llegaria á mi noticia tu desafio?

Carlos. El que os haya informado, os habrá dicho que reñí por el honor.

Vivensi. Por el honor? Por ventura, es interesante la defensa de una seductora y vil muger?

Carlos. Así tratais á vuestra sobrina?

Enriq. Su sobrina?

Vivensi. No tengo parientes que me deshonren.

Carlos. Ah padre!

Vivensi. Tiemblas?

Carlos. Dejad que respete en vos, aquel sublime carácter que domina sobre mí. Nadie, sino vos, podria impúnemente infamar á una jóven honrada, y abandonada á la mayor indigencia. Nadie. . . .

Vivensi. Y nadie, sino un deslumbrado, y esclavo de su vil pasion, puede responder como tú, á un padre que viene á corregirle. Alma vil! Estoy bien impuesto de la trama que se urdia contra mi honor, pero yo sabré destruirla. No, no te valdrá la proteccion del señor Vernero, que coadyuba tus inicuas mácsimas.

Enriq. Cómo hablais? Qué espresiones!

Vivensi. Son las que merece Vernero: son. . . .

Enriq. Las que no volvereis á pronunciar delante de su hijo.

Médico. Su hijo! *ap.*

Vivensi. Carlos, aquí tienes demasiados protectores.

Enriq. Tambien tiene enemigos.

Vivensi. Cuáles?

Enriq. Yo: esta herida os lo asegure.

Vivensi. Pues acaso, sois vos : . : . :

Enriq. El que anoche riñó con él; y quien conserva en esta herida, la pena justa á su loco atrevimiento.

Vivensi. Y le defendeis?

Enriq. Sí: le defiendo, porque Carlos, fue estimulado por su propio honór, para hacer lo que hizo: y yo al contrario, fui arrebatado de una indigna pasion. Esto en vez de vituperio, merece alabanza. Pero vos desconoceis el honor y los sentimientos de naturaleza.

Médic. En esta casa todos son héroes. *ap.*

Vivensi. Pues bien: si soy tan impío, quiero que mi hijo se me parezca. Sal de aquí, desgraciado.

Carlos. Pero, padre mio. . . .

Enriq. Señor. . . .

Vivensi Quedaos con vuestra virtud. Todos los que siguen vuestra opinion, la toman prestada de la malicia.

Enriq. Señor. . . . *Con fuerza.*

Carlos. Enrique? *Reportándole.*

Enriq. Jamas sufriré. . . .

Médico. Vámonos.

Vivensi. Pensais acaso que me amedrentan sus amenazas? Puéden atemorizarme, un perseguidor de mugeres, y un defensor de malvados!

Enriq. Yo atajaré vuestra lengua. *Le amenaza.*

Carlos. Enrique, que es mi padre.

Salen Margarita, Luisa y Julio, izquierda, y abajo Vernero, el Conde y German.

Vernero. Qué es esto!

Marga. Oh Dios!

Vernero. Tú en accion de amenazar! Intentas nuevos delitos para esperarme?

Carlos. No señor: él defendia vuestro honor: él. . . .

Vivensi. Qué defiendes á un malvado, que amenazó á tu padre?

Carlos. El haberle contenido prueba lo contrario. En igual grado respeto á mi padre, que á la verdad: y esta me obliga á decir, que si Enrique os ha ofendido, vos le habeis insultado.

Vivensi. Ah vil! Y has venido á esta casa á aprender tan estoica virtud?

Vernero. Y por qué vos venisteis á oirla.

Vivensi. No tenia necesidad de entrar en ella, sino hubiera sido llamado. Vine á cumplir mi deber, y á recobrar lo que de derecho me pertenece.

Vernero. Aun ignorais lo que os corresponde! la voz de la ley os manifestará en la sala de la razon: allí os espero, y os acompañará vuestro firme apoyo, el señor doctor, y el practicante, á quien he mandado llamar.

Médico. Señor, á mí me parece que no tengo que ver en este asunto.

Vernero. Pues á mí me parece lo contrario. Vaya, vaya el señor doctor, y conocerá á Vernero, á quien no hace mucho improperaba.

Médico. Muy bien, señor. *vs. con sumis.*

Julio. A Dios, señor físico, despues nos veremos. *Con escarnio.*

Vernero. Retiraos, señor contralor, y compareced en breve, en mi sala de audiencia.

Vivensi. Mi carácter, segun veo, se verá comprometido. . . .

Vernero. Nada de eso: al contrario: pero llevad entendido, que la virtud no tiene mas que un carácter: pero es puro y sólido. A Dios.

Julio. Señor Vivensi, beso á vd. las manos. *Con mofa.*

Vivensi. Soy perdido.

Vernero. German? Conduce á estos señores á la sala de la ley.

Germ. Bien, señor. *Vanse.*

Julio. Cuidado no se pierdan.

Vernero. Señor capitan, entregadme la espada. *A Enrique.*

Enriq. Señor. . . .

Vernero. Cuando os la ciñeron no fue para que abusarais de ella, sino para defender la patria, y al Rey: pero vos, jóven mal mirado, no habeis consultado los deberes de la milicia, sino los de vuestro capricho. Yo os impediré tales mácsimas. Tomad, en el tribunal os ne- *Le entrega la espada otra vez.* cesito: esperadme en él.

Enriq. Voy á obedeceros. *Vase.*

Julio. No hay que afligirse, teneis un padre muy bueno.

Vernero. Amigas mias, víctimas infelices del orgullo, nada me decis? Qué es esto? Aquí teneis á vuestro protector. Vuestras virtudes ecsigen mi patrocinio. Alegraos, que en breve os vereis resarcidas del vejámen en que yaceis, y de las calumnias que os han supuesto.

Marga. Señor, no encontramos voces suficientes; para daros las debidas gracias.

Luisa. Nuestra gratitud será eterna.

Vernero. He ahí lo que no ecsijo de vosotras. Yo en esto, y en lo que me resta que hacer, no hago otra cosa, mas que lo que me imponen, mi deber y mi obligacion. Y vos, buen viejo, nada me decis? *A Julio.*

Julio. Señor, el regocijo me arranca las lágrimas, y eso que tengo un corazon, aunque sensible, duro como una roca.

Vernero. Pero á qué viene el llanto? Pór ventura hago yo una cosa estraordinaria?

Julio. Tal está el mundo, señor, que en hallando entre sus habitantes, uno que llene los deberes de hombre, que sostenga su carácter, que conozca los derechos de naturaleza, y que sea benéfico con sus semejantes, á la par que es justo, es menester admirarle, elogiarle, y tributarle gracias. Tal es la escasez de los buenos.

Vernero. En cesando la tierra, de producir malvados, depondrán los buenos su malicia. Y Venancio, mi apreciable amigo? *á Luisa.*

Luisa. Está reposando en los efectos de vuestra beneficencia.

Vernero. Será necesario que comparezca tambien con vosotras, en la audiencia, y podeis prevenirselo, sin la menor incomodidad.

Marga. Pues con vuestro permiso, vamos. *Vanse.*

Julio. Señor, una sola gracia os pido.

Vernero. Concedida, hombre sensible: decidla: está á mis alcances?

Julio. Vaya.... yo me determino. Ni el ser poderoso me interesa tanto, como lo que os voy á pedir.

Vernero. Qué pedis?

Julio. Vuestros brazos.

Vernero. Los mereceis. *se abrazan.*

Julio. Ya, por fin, no moriré con el desconsuelo, de no haber abrazado á un hombre de bien en este mundo. *Vase.*

Vernero. Carlos, en este dia quedarán remuneradas vuestras bellas acciones, y coronados vuestros deseos.

Carlos. Pero mi padre. . . .

Vernero. Pero la virtud. . . .

Carlos. Soy hijo:

Vernero. Y yo juez.

Carlos. Paciencia.

Vernero. Acudid á la sala. *vs. Carlos.* Y bien amigo, qué os parece de todo lo que habeis visto?

Conde. Todo muy bueno. Solo el Vivensi, se me figura que es demasiado duro.

Vernero. Él se ablandará. El tribunal de Temis, infunde respeto; y á vista de la verdad, los hombres deponen (aunque á su pesar) las simulaciones.

Conde. Con que segun los preparativos, hoy es el primer dia de audiencia pública, desde que tomasteis posesion del empleo.

Vernero. Es cierto. Y nada me decís de nuestro loable proyecto.

Conde. Todas las clases del estado, y con esceso los artesanos, han prodigado sumas considerables para la fundacion del Hospital. Solo resta designar el terreno.

Vernero. Mi ánimo es representar al Emperador, para que suprima la detestable diversion de las fieras, donde solo aprenden los hombres á ser sanguinarios, y en su anfiteatro, erigir una casa de humanidad, donde aprenden á ser benéficos, con sus semejantes!

Conde. Buena mácsima!

Vernero. Nada de elogios, conde. Venid á mi lado á la audiencia, é iluminadme con vuestros consejos.

Conde. Honor que procuraré desempeñar. *Vanse.*

Salon largo de audiencia pública: mesa grande aun lado, con escribanía y papel: vários legajos de procesos, libros, y dos sillones, uno en la mesa, y otro en medio para Vernero: aparece Vivensi, el Médico, el Practicante, y vários comparsas que figuran ser menestrales: Carlos, Enrique, Julio y German.

Julio. Este es el templo de la verdad, *A los menestrales.* amigos: nosotros mas que nadie, tenemos derecho á entrar en él.

Germ. Julio, qué gente es esta?

Julio. Estos. . . oh! estos son los verdaderos amigos de vuestro amo. Han venido á ser testigos de sus decisiones, y de su piedad. Esta es la nata de la honradez. Aquí no hallareis ociosos ni vagamundos: esta gente no emplea su tiempo en vivir en los cafees, ni murmurar del estado. Aquel es un escultor famoso, y está obligado á mendigar, por no querer emplear sus manos, en hacer estátuas de disolucion. En suma, no sabe hacer Venus ni Cupidos. Este es un labrador y hortelano, sabe engordar los campos, y por falta de agricultura, se encuentra él tan flaco. Este un cantor de capilla, y su falta de vista, le ha precisado á cantar por las calles historias, y la mas dolorosa, es la de su vida, y nadie se duele de él. En fin, todos son honrados y buenos, y viven de su

propio sudor: pero por desgracia, no tienen ni aun pañuelo para enjugársele.

Germ. Bien: alabo vuestro modo de pensar.

Médico. Cuánto tarda el señor Gobernador!

Vivensi. Paciencia.

Germ. El Gobernador viene.

Todos se aperciben para recibirle: y salen por la derecha, Vernero, el Conde, Margarita, Luisa y Venancio.

Todos los buenos. Viva el padre de los pobres.

Vernero. Hijos, aun no merezco tal título: mucho me alegrara conseguirle, y pondré los mas eficaces medios, para hacerme acreedor de tal nombre: pero hasta entonces suspended vuestro juicio, y si mis decisiones lo mereciesen: me bastará solo con que lo conozcais.
Se sienta.

Luisa. Madre, que temor me infunde este momento!

Marga. Hija, no somos delincuentes: y solo los que lo son, tiemblan al aspecto de la justicia.

Vernero. Señores, mis discursos no serán muy elegantes; pues hijo de la guerra, no aprendí en ella otra retórica, ni elocuencia, que hacer bien á mis semejantes, y castigar segun la ley, al réprobo. Mi lenguage se dejará entender de todos: pues es el que producen la verdad y la beneficencia. El Emperador se ha dignado conferirme interinamente este gobierno, y hoy es el primer dia que doy audiencia pública. En este supuesto, señor practicante, acercaos.

Practican. Espero las órdenes de V. S.

Vernero. Qué os prescribe el reglamento interior del Hospital?

Practican. Señor, ni lo he leido.

Vernero. He aquí la ignorancia: pero esta no es disculpa. Quién os ha enseñado que á los enfermos se les trate con aspereza, que no se les ausilie con lo que pidan, no siendo contrario á su salud, y que no se les mire con aquella consideracion debida à un infeliz desvalido.

Practican. Señor, yo sigo las mácsimas que he visto en mis antecesores: y aun gastaban mas dureza y acritud que yo: y en el dia los veo ricos, y colocados en las mejores plazas que la medicina y cirujía proporcionan.

Vernero. O egemplo pernicioso! Tú tienes corrompido el Universo, y aun cuándo así sea, vuestro corazon no os dictaba sentimientos de humanidad?

Practican. No señor: la costumbre hace endurecer los corazones.

Vernero. Cierto es. Pues hasta que se os ablande, os destino á que sirvais, sin emolumento alguno, à las órdenes de quien cuidará de que os enmendeis, y os haga ayunar á pan y agua, algunas semanas que descansareis.

Practican. Señor, que mi delicada construccion no podrá tolerar una penitencia tan pesada.

Vernero. La costumbre hará endurecer esa construccion. German, acompañadle, hasta entregarle al comandante de la guardia.

Practican. Señor. . . .

Vernero. Idos. *Vs. con German.*

Julio. Ya va uno, y no va mal despachado. *ap.*

Vernero. Señor doctor, hacedme el favor de informarme, si llevais mucho tiempo de facultad.

Médico. Quince años.

Vernero. Supongo que habreis estado en muchos Hospitales.

Médico. No señor; aquí empecé mi carrera con mi padre, y aquí hago ánimo de seguirla.

Julio. Eso está por ver. *ap.*
Vernero. Muy bien: escelente deseo, si pudiera realizarse. Pero me parece muy necesario, que por algun tiempo, vayais á egercer vuestra facultad, á uno de los presidios de nuestros cantones: donde aprendereis diferente método de visitar, y de reflexionar sobre las diversas enfermedades de los pobres, que tengan la desgracia de caer en vuestras manos.
Médico. La conducta de un médico, no puede ser vindicada.
Vernero. Qué ley manda eso? Residirá en vuestro desconcertado meollo, ó en los aforismos de hipócrates. Infeliz, no os estremecen los ayes de los moribundos, que por vuestra inercia, ó desidia, espiran, dejando á sus familias la indigencia, y orfandad por patrimonio? Eh! Huid de mi vista, y cumplid mi órden; porque me estremezco al veros. *Vase médico.*
Julio. No hay peste mas devoradora, que los malos médicos. *ap.*
Vivensi. Qué prepotencia! *ap.*
Vernero. Señor capitan, escuso de hacer à vd. cargos militares: vuestra herida, ya se sabe de que dimana. La adquiristeis por sorprehender á esta jóven, en el tiempo crítico que os hallabais de guardia en el principal, de lo que se deduce hicisteis un formal abandono. No ignorais la pena que merece tal delito, é ínterin la impone el consejo de guerra, mandado por S. M. I., os mantendreis arrestado en la gran guardia, sin acordaros de vuestro padre; pues hombre que así atropella los deberes de la humanidad, á nadie pertenece.
Carlos. Señor, si la amistad. . . .
Vernero. No se os ha llamado aquí para su defensor.
Enriq. Si mi arrepentimiento. . . .
Vernero. En cuanto se cumpla la pena que mereceis, estareis mas arrepentido: marchad. *Vs. Enrique.*
Julio. Caramba! Ni aun su hijo le merece indulgencia. *ap.*
Vernero. Y bien, caballero Vivensi, qué os parecen mis decisiones, acerca de las ocurrencias de esta mañana?
Vivensi. No es de mi inspeccion, el criticar los agenos pareceres, pero, pues, os dignais preguntarme, diré que me parecen tales fallos, violentos.
Vernero. Mas violentas me son las infamias que cometen los hombres orgullosos, con los infelices: pero dejando esto para despues, decidme: qué motivos teneis para no reconocer por parientes al señor Venancio, y su familia?
Vivensi. Las gentes que se prostituyen á la mendicidad, y á los delitos, á nadie pertenecen.
Venan. Como hablais?
Vernero. Callad: que yo debo contestarle. Si vuestra humanidad les hubiera dado los ausilios debidos, se hubieran escusado de mendigar. Quién le quitó el empleo que antes obtenia, á Venancio?
Vivensi. Su insuficiencia.
Vernero. Vuestra iniquidad: pues fuisteis el primero á fallar contra vuestra propia sangre. Todo lo sé, pues de todo me han enterado.
Vivensi. Tambien sé yo, que toda esa familia conspira contra mí, por lograr que mi hijo se una á esa hipócrita.
Vernero. Refrenad los insultos, y advertid, que soy yo quien defiende (porque lo merece) á vuestra sobrina.
Vivensi. Pues ya que no me queda otro recurso, me valdré de la autoridad de un padre, é impediré tal union.
Vernero. Vuestro hijo es de la patria: esta pertenece al Emperador, y S. M. por mí, le concede lo que vos le negais.

Vivensi. Esto ya es demasiado. Si tal hace ese hijo desconocido, mi maldi : : : : -

Vernero. Qué pronunciais, sacrílego? Pues bien: ya qne no os convencen las razones, hágalo la violencia. Vuestros delitos merecen un enorme castigo, usurpador de las rentas de beneficencia. Las repetidas quejas de los enfermos, y haber yo presenciado vuestro vil manejo, os hacen acreedor á mi indignacion. Desde este momento, quedais desposeido de vuestro empleo: vuestros bienes responderán segun la ley, de cuanto resulte contra vos: y mientras rendís ecsactas cuentas, estareis arrestado en la sala de privilegio.

Carlos. La naturaleza y la sangre, me impelen á suplicaros por mi padre.

Vernero. La razon y la justicia me obligan á desatender vuestras súplicas.

Vivensi. De nadie necesito indulgencia.

Vernero. Nadie tampoco os la concederá. Marchad. *Vs. Vivensi.*

Julio. Demasiado bien ha escapado, por lo pícaro que ha sido. *ap.*

Vernero. Ya he dado el castigo á la maldad; resta premiar la virtud. Vos, Venancio, procurareis restableceros á mi costa, y así que lo consigais, desempeñareis la administracion del Hospital.

Venan. Señor. . . .

Las dos. Nuestra gratitud. . . .

Vernero. Vos, Carlos, cumplid vuestros deberes ecsactamente, é ínterin pido al Soberano el competente permiso, para uniros á esta jóven, permanecereis en mi compañía, en clase de secretario militar.

Julio. Me alegro.

Vernero. Loables ciudadanos, ya habeis visto mis primeras decisiones. Me constan vuestros atrasos, y la miseria en que estais. Si consigo verificar mis proyectos, os recogereis en el nuevo Hospicio, y cada cual con sus labores, será útil al estado, y á sí propio; y evitareis la precision de mendigar. Ínterin llega este dia, mis rentas las emplearé en vuestra manutencion.

Julio. Viva el padre de la patria.

Vernero. Julio, vuestra tranquilidad queda á mi cargo:y os anuncio desde ahora, que debeis ser la piedra fundamental, de la obra consagrada á la fraternidad.

Julio. Estoy siempre á vuestras órdenes: hombres honrados, este premio tiene la virtud.

Vernero. Orgullosos, este fin tiene la soberbia.

FIN.